

# LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Memorias de una casada, por doña Angela Grassi.—Los Huevos de Pascua [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Del Dicho al hecho, por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—GRABADO: *Limosneta*.—LAMINA: *Figurin*, núm. 785.

## EDUCACION É INSTRUCCION.

ESTUDIOS PARA CULTIVAR LA IMAGINACION Y LA MEMORIA.



Una de las cualidades que mas necesita una jóven es la paciencia; y esta cualidad, que despliegan bajo el aspecto moral de una manera admirable cuando es necesario soportar sus propios males, para cuidar de los de otros, se desvanece en el dominio intelectual. Así se vé que si las jóvenes progresan es rápidamente, no paso á paso.

Nada mas feliz, frecuentemente, que sus expresiones, sus relaciones improvisadas; justicia, extrema delicadeza, todo se encuentra: maestras de lenguaje, hasta un punto asombroso, cuando no piensan en ello dejan de serlo cuando se les hace reflexionar.

¿Por qué las mujeres, que llegan á ser propietarias, herederas, testadoras, que pueden tener pleitos, comprenden en general, tan mal las leyes, y hasta les causan astío? Es que no dan jamás á las palabras un sentido preciso: la costumbre de cojer al vuelo la idea general, sin detenerse en la expresion, les engaña constantemente.

Siendo necesario á la jóven ejercitar el espíritu, la ocupacion de traducir es la que mas le conviene: trabajo que se toma y se deja con facilidad, que fija los pensamientos dispersos, y fortifica diferentes facultades, segun la obra que se traduce.

Por esto nos dirigimos á la imaginacion de las jóvenes para interesarlas en el estudio de la historia, donde el gusto es mas esencial que el saber. Dichosa la que se aficiona á la narracion de los hechos históricos, cuya lectura podrá reemplazar á otras peligrosas. ¿Y qué mejor estudio que el que se dirige á

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

la imaginacion, en una forma dramática, reanimando los siglos pasados, evocando los hombres y mujeres de otras épocas, y viéndoles obrar con sus pasiones, sus creencias y sus diversas costumbres? Cuanto mas hemos deseado que los conocimientos físicos tuviesen por base un razonamiento exacto, mas queremos que, en los estudios morales, todo sea espíritu, vida, movimiento, que todo responda á las cuerdas sensibles en el alma.

Asi es como las relaciones animadas, sean de la historia Santa ó de los anales de la patria, inspiran á la juventud el amor de su religion y de su país; y lo mismo los hechos maravillosos que ilustran el origen de los diferentes pueblos, de cuyo colorido poético y severa crítica no es lícito despojarles.

Pero no debe satisfacer para estudiar la historia hacerlo en fragmentos, porque esos tratados bien escogidos, podrán servir para ayudar la memoria, pero no para conocer exactamente las épocas y muchos hechos. Es agradable la lectura de esos fragmentos, pero no da un resultado tan sólido cual es necesario.

Las historias completas, aun cuando sean abreviadas, producen mas progreso intelectual que el estudio penoso de una porcion de nombres y de fechas.

Y sin embargo, estos son necesarios, asi que, despues de lecturas y estudios interesantes, deben construirse pequeños cuadros sincrónicos, donde los hechos se anoten con sus fechas, aun cuando estas no se prodiguen mucho, porque importa poco á la humanidad el dia que se dió tal batalla ó fué coronado tal rey. Lo que importa conocer es la correspondencia de los grandes acontecimientos.

Una série de narraciones dramáticas y una seca exposicion de hechos y de fechas no son toda la historia. Hay un sentido general que escoger, hay una instruccion para el alma y el corazon que reunir. El desenvolvimiento del espíritu necesario para saber aprovecharse, es frecuentemente precoz en las jóvenes. Y si el mérito moral de las acciones humanas no les llega á ser conocido, sino ven la Providencia



cumpliendo poco á poco sus grandes designios, despertando la vida moral en los pueblos, y conduciéndoles por distintos caminos á su conocimiento, á las luces del cristianismo y de la civilización, este objeto inmenso puede ser hasta cierto punto accesible á las jóvenes. Una madre ilustrada, tomando por guía el admirable compendio de la Historia Universal de Bossuet, descubre á su hija esa vasta perspectiva donde se manifiestan los medios de que Dios se vale para la educación del género humano.

Cuando la explicación de la historia del mundo viene á revelar á la joven los misterios de su propio corazón, cuando haya comprendido que las espesas nubes de la ignorancia se han ido poco á poco dissipando de su mente como en los pueblos durante su infancia, y que una nueva luz esclarece su inteligencia, ¿qué profunda y saludable impresión no resultará de esto? Cuántos goces dignísimos están reservados á la joven que tales tareas se imponga! Cuánto disfrutará con los resultados de su aplicación, de su saber!

A. PIRALA.

### MEMORIAS DE UNA CASADA.

#### III.

##### *La primera nube.*

Clotilde era una jovencilla encantadora, que sabía realzar sus gracias personales con los tesoros de su alma y los de una escogida educación. Hija única de unos ricos hacendados, vecinos de Antequera, apenas rayó en los quince abríles se vió rodeada de infinitos adoradores, no teniendo mas que un trabajo, el de escojer. Pero ella, prudente, modesta, adornada de sólidas virtudes, no quiso apresurarse, resuelta á no entregar su corazón mas que al que fuese digno de poseerlo.

La casualidad, que separa tantas almas hermanas, hizo sin embargo que Clotilde encontrase pronto la otra mitad de la suya.

Una tarde al volver de una romería á la cercana ermita, adonde había ido como todas las jovencillas á pedir á la Virgen un buen novio, halló hospedado en su propia casa al que debía ser árbitro de su futura dicha. Era un apuesto y joven militar, que en su vida errante y aventurera, había sabido guardar intacta la fé del corazón.

Se llamaba Alfredo, y estaba muy triste por la reciente pérdida de su madre, que constituía toda su familia.

Clotilde quiso consolarle y le consoló, ofreciéndose á ser para él madre, esposa, hermana! Al cabo de tres meses pronunciaba el indisoluble juramento de pertenecerle eternamente delante del altar de la misma Virgen, á la cual creía deber su dicha.

¡Ah, si existe la felicidad en el mundo, es sin duda la que experimentan dos amantes corazones al confundir los apasionados efluvios de sus almas! Aquellos dos esposos modelos parecían formados el uno para el otro: nunca se había visto en Antequera otro matrimonio igual: Alfredo solo vivía para Clotilde, y Clotilde para Alfredo.

Salian al rayar el alba cogidos amorosamente del brazo, y después de oír la primera misa, corrían á refugiarse en algún alegre soto, en donde hasta las murmuradoras fuente-cillas, hasta las parleras aves enmudecían, para escuchar embelesadas sus amantes juramentos. Otras veces cogían las flores mas bellas de su jardín, y tejían una guirnalda con que adornar las sienes de la Virgen de la ermita.

—Júrame, decía entonces Alfredo postrado delante del bendito altar, júrame que siempre me dejarás ver los sentimientos de tu corazón como en un terso espejo! La noble confianza, la franqueza ingenua son las dos vírgenes que renuevan sin cesar las flores de la nupcial corona! Júrame que serémos siempre dos en uno, y que nunca tendrás un pesar ni una alegría sin depositarlo en el amante seno de tu esposo!

Clotilde lo juraba.

¡Oh, cuán felices eran, cuán felices! Y así pasaban los días, las semanas y los meses, y los inocentes no cesaban de preguntarse á sí mismos si la desdicha humana no sería mas que una quimera de los espíritus tétricos y descontentadizos.

Pero la desdicha llegó. Alfredo recibió la orden de pasar á otro regimiento, que estaba de guarnición en Madrid.

En Madrid habitaban todos sus parientes, que pertenecían á familias nobles y distinguidas, y Clotilde tuvo miedo por su felicidad!

Oh! cómo se despidió llorando la infeliz de sus frondosos sotos, de sus sonoras fuentes, de sus queridas aves! Oh, cómo se abrazó llorando á sus ancianos padres, á sus tiernas amigas de la infancia!

¡Había sido tan dichosa allí!

A pesar de todo no se realizaron sus temores. Cambió por completo su vida con el tumulto y las relaciones de la corte; pero no cambió el corazón de Alfredo.

Nunca iba solo al teatro ni á los bailes, y aunque estuviese rodeado de cien mujeres bellas y seductoras, guardaba sus atenciones para la dulce compañera de su alma.

Se derritieron las nieves del invierno, empezó á



esparcir sus flores la alegre primavera ; la segunda despues que se habian casado.

—¿Te acuerdas, Clotilde mia, de nuestros paseos campestres, tan llenos de poesía y encanto? la dijo una noche Alfredo. Mañana nos levantaremos con el alba é irémos al Retiro!

Clotilde batió las palmas en señal de regocijo, y se durmió soñando con el placer del día siguiente.

No sé cuántas veces se despertó durante la noche, no sé cuantas veces se incorporó en el lecho, buscando entre las estrellas la estrella de la mañana.

Por fin brilló la aurora, y el primer rayo del sol sorprendió á Clotilde, ya ataviada y llamando á Alfredo.

Éste despertó riendo, y desplegó tanta actividad para vestirse, que pronto estuvo en disposicion de seguir á su linda compañera.

Iban ya á salir, cuando llamaron á la puerta.

—Quién puede ser tan temprano! exclamó Clotilde.

Las criadas dormian, y Alfredo fué á abrir.

Salió de la estancia alegre y contento, y volvió á entrar triste y preocupado.

—¡Adios nuestro alegre paseo! dijo, me llama el coronel.

Alfredo estaba turbado al decir esto, y sus mejillas cubiertas de carmin; pero Clotilde completamente entregada al disgusto de ver fallida su esperanza, no pareció advertirlo.

—Cómo ha de ser! dijo quitándose tristemente su sombrerito de paja.

Alfredo entretanto se habia ya puesto el uniforme, y se precipitó fuera de la estancia sin casi despedirse.

—Las cinco y media! murmuró Clotilde asi que estuvo sola, ¡qué día tan largo me espera! Pero no: iré á oír la primera misa y rogaré por él á Dios!

Despertó á los criados y salió.

—¡Qué temprano ha venido esa mujer, señorita, la dijo la portera. Yo ya la dije que no subiese; pero no quiso oirme! Pretestó que la señora la habia mandado venir á toda prisa.

Eso sí, la pobre llegaba aspeada y jadeando, como que habia tenido que atravesar todo Madrid.

Imposible seria esplicar con palabras lo que sintió Clotilde durante aquel relato. Menor hubiera sido su aturdimiento, si hubiese visto que el mundo se desplomaba sobre su cabeza.

—Sí, vendría de la calle Ancha, balbuceó maquinalmente.

—Quiá, no, señora! del barrio de Lavapiés. No recuerdo bien la calle, pero debe caer por aquel lado.

—Sí, sí! respondió la infeliz, sin saber lo que decia.

Y echó á correr, salió del portal, atravesó infinitas calles, entregada á un vértigo insensato: todo

giraba en su derredor; el ruido de la capital le parecia el murmullo del mar embravecido.

Oyó tocar á misa, entró en una iglesia, fué á arrodillarse junto á un altar. ¿Qué calles habia recorrido? qué iglesia era aquella? Clotilde no lo sabia, tenia un peso enorme sobre el corazon, tenia un velo espeso delante de los ojos....

Ni pensaba ni sentia, y pasó tanto tiempo inmóvil y de rodillas, que un sacerdote se acercó á preguntarla si necesitaba algun auxilio.

La voz del sacerdote la volvió en sí, y entonces vertió tantas lágrimas, que la piedra del altar quedó regada.

Las lágrimas la aliviaron.

—Veamos, pensó, examinemos las cosas como son, no como me las finge mi acalorada fantasía! Pudo haberle llamado alguna parienta, la esposa de algun compañero que estuviese enfermo, pudo.... ¡Oh, no, no que Alfredo ha mentido, y es la primera vez que me miente!....

¿Quién es capaz de imaginar la hiel en que se anega un alma jóven, al ver rotas bruscamente sus doradas ilusiones, al ver cual se cierne sobre ella y bate las alas el negro desengaño?

Clotilde creyó que saltaban sus arterias, y que el corazon se le rompía en pedazos.

—Ama á otra! exclamó con voz sorda. ¡Oh, no hay duda, no hay duda, ama á otra!....

Este pensamiento era demasiado horrible. Clotilde quiso en vano sostenerse en la barandilla del altar. Se ofuscó su vista, sus músculos se aflojaron, y cayó desvanecida sobre el pavimento.

(Continuará.)

ANGELA GRASSI.

## LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

Las gallinas no les maravillaron menos: unas negras con cresta de color de púrpura, otras blancas con moñito, otras doradas y sin cola.... La señora les arrojó algunos granos de avena, que ellas se apresuraron á picotear: los niños hicieron círculo á su alrededor y se entretenian en mirarlas reñir por ver cual de ellas podia comer mayor número de granos. Cuando la avena se hubo concluido, el gallo dilatando sus alas lanzó al viento su canto marcial, que fué acogido por una risa general de su alegre auditorio. Poco despues niños y niñas se retiraban cantando todos á porfía kikirikí! kikirikí!

Cada uno en su casa no dejaba de elogiar aquellos lindísimos pájaros: decian que eran mayores que las palomas y cuervos, y que sus plumas tenían



mas hermosos colores que cuantos pájaros visitaban el valle. María, hermana menor de Marta, dijo:

—No hay nada mas bonito que el adorno encarnado que cada uno de ellos tiene sobre la cabeza; no, nada hemos visto comparable en los otros pájaros.

Los padres con esto tenían gran deseo de admirarlos, y cuando vieron las gallinas su asombro no fué menos que el de sus hijos. A poco de esto una gallina se recogió en su nido, y Marta fué la encargada de cuidarla y llevarle el alimento. La amable señora mostró un día el nido á los niños del valle, que quedaron sorprendidos de los huevos que contenía.

—Quince huevos! exclamaban, las palomas solo ponen dos, y otros pájaros cinco. ¿Cómo se compondrá esta pobre gallina para alimentar todos sus hijuelos?

Estando ya la pollada á punto de darse á luz, la señora preparó un nuevo espectáculo á los niños, á los que hizo reunir, dando la feliz casualidad de que pudiesen acompañarlos sus padres por ser día festivo. La dueña de la casa les presentó un huevo á medio abrir, y allí fué su alborozo al ver un pollito moverse en todos sentidos para romper la frágil prision que aun le detenía: el asombro llegó á su colmo cuando aquellas pequeñísimas aves libres ya y cubiertas apenas de una finísima pluma, volvieron sus ojos á todos lados y principiaron á correr con extraordinaria ligereza, siendo así que todos los pájaros que ellos conocían nacían ciegos, desnudos y sin firmeza alguna.

—Esto es maravilloso, decían los niños.

Y lo mismo ellos que sus padres no pudieron disimular su regocijo cuando vieron á la hermosa gallina negra adelantarse por la yerba con arrogancia, y colocarse en medio de su pequeña y numerosa familia.

—No es posible imaginar nada mas bello, decía un carbonero.

—¡Mira cómo la madre llama á sus hijuelos, replicó su mujer, y cómo ellos se agrupan á su alrededor prontos á obedecerla! Bueno sería que los niños los tomasen por modelo, y del mismo modo fuesen obedientes á la voz de sus padres.

Uno de los niños se atrevió á coger un pollito para examinarle á su placer, el pobre animalillo pió con dolor, y al momento la gallina se volvió rápida, impetuosa, con sus alas abiertas, próxima á lanzarse, si tan pronto no hubiera soltado su presa, sobre el que se había apoderado de uno de sus hijos. El padre del niño le reconvino, y su madre observó:

—¡Cómo cuida y defiende á sus hijos! Hé aquí una buena lección para nosotras.

La gallina encontró por allí algunos granos de los que constituían su alimento, llamó á su pollada y se los repartió con su pico.

Un instante despues el sol se ocultó momentá-

neamente entre las nubes, y todos los pollitos fueron á abrigarse bajo las alas de su madre.

—Nada es mas interesante que todas esas cabezas que procuran evitar por todos los medios la influencia del aire, decían las carboneras.

El molinero destacaba del grupo de carboneros, tanto por su ropa enharinada, como por su buen sentido.

—Es preciso confesar, decía, que estos pájaros revelan algo, que con razon nos asombra. Indudablemente descubrimos la mano de Dios en toda la naturaleza, pero su bondad y su ilimitado poder nos le hace comprender mejor en algun espectáculo inesperado. Reflexionad porqué es indispensable que esos pequeños animales coman y corran por sí mismos desde que nacen: si así no fuera, semejantes á la golondrina, tendrían que esperar á que los nutrieran, y se morirían de hambre, porque su madre sería insuficiente para alimentarlos á todos. Por eso están dotados del instinto de seguirla y obedecerla, y si se dispersasen en un principio, ¿cómo podría luego reunirlos? Lo que mas me sorprende es el valor con que defienden tan enérgicamente á sus hijos las gallinas, que son tan tímidas de ordinario, que huyen al aproximarse á ellas cualquiera; su naturaleza é inclinaciones cambian de tal manera cuando son madres, que lucharían sin valicular con un hombre. Frecuentemente he admirado como entre ellas se disputan un grano de avena, y hoy que ésta tiene que alimentar á sus hijos, perecería de hambre con tal que ellos tuviesen el necesario alimento. La tierna solicitud con que la gallina cuida su pollada, la guía, la defiende y la reanima, no puede ser sino inspirada por el mismo Dios: y si Dios vela por sus mas ínfimas criaturas, ¿cómo no tener valor y confiar en que de nosotros cuida con mayor interés aun? Alabad, amigos míos, todas las obras de Dios, y estad seguros de que el hombre es la mas querida de sus criaturas y que la prefiere á todas las gallinas y pájaros del universo.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## DEL DICHO AL HECHO.

Continuacion.

El peluquero hizo una señal afirmativa. Él y yo nos hemos criado juntos, continuó diciendo la Baronesa, y siempre me ha tenido grande afecto. Cuando me casé con el Baron no puso muy buena cara; des-



pues enviudé, y en varias ocasiones me ofreció su mano, que no admití, porque la idea de contraer segundas nupcias me asustaba. Por fin, cuando al bueno de mi tío se le puso en la cabeza rifar este castillo, yo lo llevé muy á mal, pero el Marqués, tomándolo á risa, me dijo: —Aun os queda un recurso, yo pondré á la rifa, y si me toca, nos casamos, para que todo se quede en casa. —¡Corriente! le contesté, medio en broma; pero él no se contentó con eso, y logró que le diera mi palabra formal.... ¡Bien temí que llegaría el caso de cumplirla!... ¿Creeréis que hizo la calaverada de gastar cincuenta mil florines en billetes?... Pues bien, para que veais si estoy encajichada por Robenbourg, ahora que me veo en la precision de abandonarle, casi, casi, me pesa no haberle adquirido á costa de mi libertad.

Un pensamiento cruzó por las mientes del peluquerillo, con una rapidez eléctrica. Miró á la viuda, que coquetamente mordisqueaba su ramillete, y parecióle sumamente linda, recordando que su fortuna triplicaba cuando menos el valor del castillo y sus dependencias. Además la Baronesa gozaba de gran crédito en la corte, y su familia era de las mas ilustres del país; todas estas ideas le asaltaron á la vez, aturdiéndole hasta el punto de no ser dueño de pronunciar una sola frase.

La Baronesa, estrañando su turbacion, exclamó: —¡Quizá no hago bien en deciros estas cosas! ¡sentiria que me juzgarais imprudente!

—Oh, no, señora! repuso vivamente su interlocutor, pero... añadió balbuceando: sí juzgo peligrosa vuestra confianza.

—¿Por qué razon? preguntó la viuda, con natural sorpresa.

—Porque puede tentar de un modo irresistible al nuevo propietario.

—No comprendo de qué modo, dijo la viuda, cuyo rubor desmentia lo mismo que afirmaban sus palabras.

—Quiero decir, añadió Berú, lanzándose á la palestra, que bien pudiera ocurrirse al actual propietario la idea de renovaros la proposicion....

—No me parece que os ocurrirá semejante idea.

—¿Por qué no, señora? puesto que os agrada tanto el dominio de Robenbourg.

—Vamos, eso no pasa de ser una broma! exclamó la viuda echándose á reir.

—Será una broma si la proposicion os ofende, pero no si os dignais tomarla en cuenta.

—Mal podria tomarla en cuenta sabiendo que os vais á casar con otra.

—¡Yo casarme! preguntó el peluquerillo afectando la mayor sorpresa.

—Vamos, vamos, exclamó la viuda en tono chancero. ¿Si estaré yo mejor informada que vos mismo?

Anoche hablé con la señorita Nineta, y segun me dijo....

—No sé lo que Nineta puede haber dicho, respondió Berú con algun embarazo, lo que sí puedo asegurar, es que no me liga compromiso ninguno.

—Sin embargo, esa jóven asegura que le habeis dado esperanzas que ahora estais en el caso de realizar...

—Al contrario, señora, esas esperanzas, que siempre fueron muy dudosas, en el dia son irrealizables. Nineta misma debe comprenderlo así. Una posicion nueva impone nuevos deberes para con la sociedad, y para con uno mismo; al presente, mi enlace con esa jóven seria muy desigual.

—En efecto, dijo la Baronesa en tono semiburlesco, esa razon es poderosa y me convence; lo que dificulto es que logre convencer á Nineta!

—Sí se convencerá. No lo dudeis, yo la expondré mis razones, y ella...

—Ella os expondrá las suyas, y os hará ver que no es fácil renunciar á tan brillante proporcion. ¡Sois un hombre muy difícil de reemplazar, señor de Berú!

Esta exclamacion irónica llenó de gozo al peluquero, que ya se figuró haber conquistado á la rica y noble señora. Sonrióse con vanidad y dijo:

—Dejad á mi cargo arreglar ese negocio, y segura es mi dicha, si no hay otra dificultad... Pero el Marqués se acerca... No le digais una palabra sobre lo que ha pasado entre nosotros... Voy á verme con Nineta, y antes de una hora estaré á vuestras órdenes.

Dirigióse con paso ligero hácia el castillo; su corazon estallaba de orgullo; veia su fortuna cuadruplicada; su posicion establecida; su corona de Duque asegurada; le habia caido una segunda lotería. ¡Bien tonto hubiera sido en perder la ocasion!

El peluquero, en rigor, no habia mentido, realmente no existia un compromiso formal entre ambos amantes; obligados por la escasez de medios á ir dilatando su enlace, se habian atendido á esas convenciones tácitas que á nada obligan formalmente, á esas relaciones honestas, que solo comprometen la paz del corazon, lazos que los hombres respetan muy poco, pues el dia que lo juzgan conveniente los rompen, y ni aun se toman el trabajo de justificarse. Dando al olvido sus protestas, habló á Nineta como un amigo que deseaba contribuir á su felicidad, y hasta prometió dotarla generosamente, á fin de que pudiera encontrar con quien casarse.

Nineta oia sin comprender; mas luego que la luz penetró en su entendimiento, apoderóse de su alma un dolor tanto mas vivo, cuanto mas inesperado; la indignacion la sofocaba, y trémula, comprimiendo á duras penas el llanto, escuchó hasta el fin el discurso del ingrato, y sin pronunciar una palabra se dirigió hácia la puerta.



—¿Adónde vas, Nineta? preguntó el péfido alarmado al verla tan conmovida.

—A buscar á mi tio, respondió la jóven sencillamente; urge que partamos de aquí.

—Pero mujer qué prisa corre? ¿Por qué os habeis de marchar tan precipitadamente?

Nineta nada contestó, y dirigióse á la puerta sin mirarle una sola vez.

Cuando el peluquero la vió salir del cuarto, sintió que se le oprimía el corazón. Por mucha que fuera su ceguedad, no le impedía ver lo mal que se portaba: sordos reproches agitaban su conciencia, ésta desmentía los sofisticos razonamientos del filósofo. Levantóse á dar unos paseos por el cuarto, pero en vano quería recobrar la calma, esta huye del que se halla descontento de sí mismo. Afortunadamente se acordó de que no se había desayunado, y llamó para mandar que sirvieran el almuerzo.

—Cuando gustéis os lo serviremos, dijo el lacayo, los demás señores han almorzado ya.

—¿Qué desatino estás diciendo? preguntó el mal humorado señor. ¿Cómo habían de almorzar sin avisarme?... ¿Pues no faltaba mas!

—Yo bien quise avisaros, repuso el tudesco, pero el señor Marqués me mandó que no lo hiciera.

—¿Y de cuándo acá necesitas las órdenes del Marqués para servir á tu amo, zopenco? ¿Quién manda en Robenbourg, el Marqués ó yo? Quién es el Señor del castillo?

—¿Yo qué sé!... respondió el lacayo en tono brusco y encojiéndose de hombros.

—¿Con qué no lo sabes? gritó al peluquero fuera de sí, pues yo te lo enseñaré á puntillones sino tomas el portante, grandísimo bribon. Largo, fuera de aquí; sal de mi casa y no vuelvas á poner los pies en ella.

—Cáspita! iba diciendo entre sí el pobre diablo. ¡Dios nos libre de servir á los que fueron educados para llevar librea!

Ciego de ira el industrial no había reparado en la presencia del Marqués que acababa de oír la reprensión.

—Tratais rudamente á ese pobre muchacho, dijo el recién venido en tono de reconvención.

—Le trató como me parece, señor Marqués, y me parece que tengo razón de sobra para extrañar que un entremetido quiera mandar en mi casa.

—Si el entremetido soy yo, sabed que como testamento del difunto señor de Robenbourg, estoy encargado de administrar el castillo hasta la llegada del nuevo poseedor.

—Y yo tengo derecho á decir que el nuevo poseedor ha llegado ya.

—Y deducís?...

—Deduzco que cada uno debe ser amo en su casa. ¿Etais?

—Estoy... dijo el Marqués haciendo una irónica reverencia; lo que nos falta saber es cuál de los dos es aquí el amo.

—¿Cómo! ¿Ahora salís con eso? exclamó el peluquero admirado. ¡Diantre! Qué flaco sois de memoria! ¿Se os ha olvidado ya que fuisteis vos quien me hizo saber la noticia de que mi número había salido premiado?

—Lo recuerdo perfectamente, ó por mejor decir, recuerdo que os dije había sido premiado el número sesenta y seis, lo cual no es una misma cosa.

—¿Cómo que no? Mirad ese billete, y decidme si es ó no el 66.

—Esa es mi duda, repuso el alemán inclinándose á mirar el billete que Berú le presentaba con aire de triunfo. ¿No habeis notado, añadió señalando al número, que no está el punto en su lugar, sino á la izquierda de la cifra y mas alto que de costumbre?

—¿Y eso qué significa? preguntó Berú palideciendo.

—Significa que han puesto el número al revés, que os han estafado el precio del billete, que tamaña equivocación prueba que por malicia ó por ignorancia el revendedor os ha encajado gato por liebre, y por si os cabe duda, sabed que yo tomé la primera centena en el despacho del Administrador, de suerte que mal podiais tener vos el 66 ni el 99.

—Es decir, que se halla en poder vuestro el número premiado? Es eso lo que pretendéis?

—No es lo que pretendo, es lo que han reconocido ya los encargados de Francfort, y hé aquí el acta que acaban de remitirme, y por la cual entro en legítima posesión del dominio de Robenbourg.

Al decir esto, sacó un rollo de papel sellado y embellecido con firmas, rúbricas y vistos buenos de varios colores, que tendió á su adversario, diciendo: —¿Podeis leerlo y enteraros!

En cuanto á eso, perdónenos el Marqués, pero no decia la verdad. ¡Bueno estaba el infeliz para enterarse de nada! Su vista y su razón se habían perturbado; zumbábanle los oídos como si anidara en ellos una cria de tábanos; sus rodillas flaquearon repentinamente, y á no ser por un caritativo sofá que tenía detrás de sí hubiérase desplomado en el suelo á pique de romperse la cabeza.

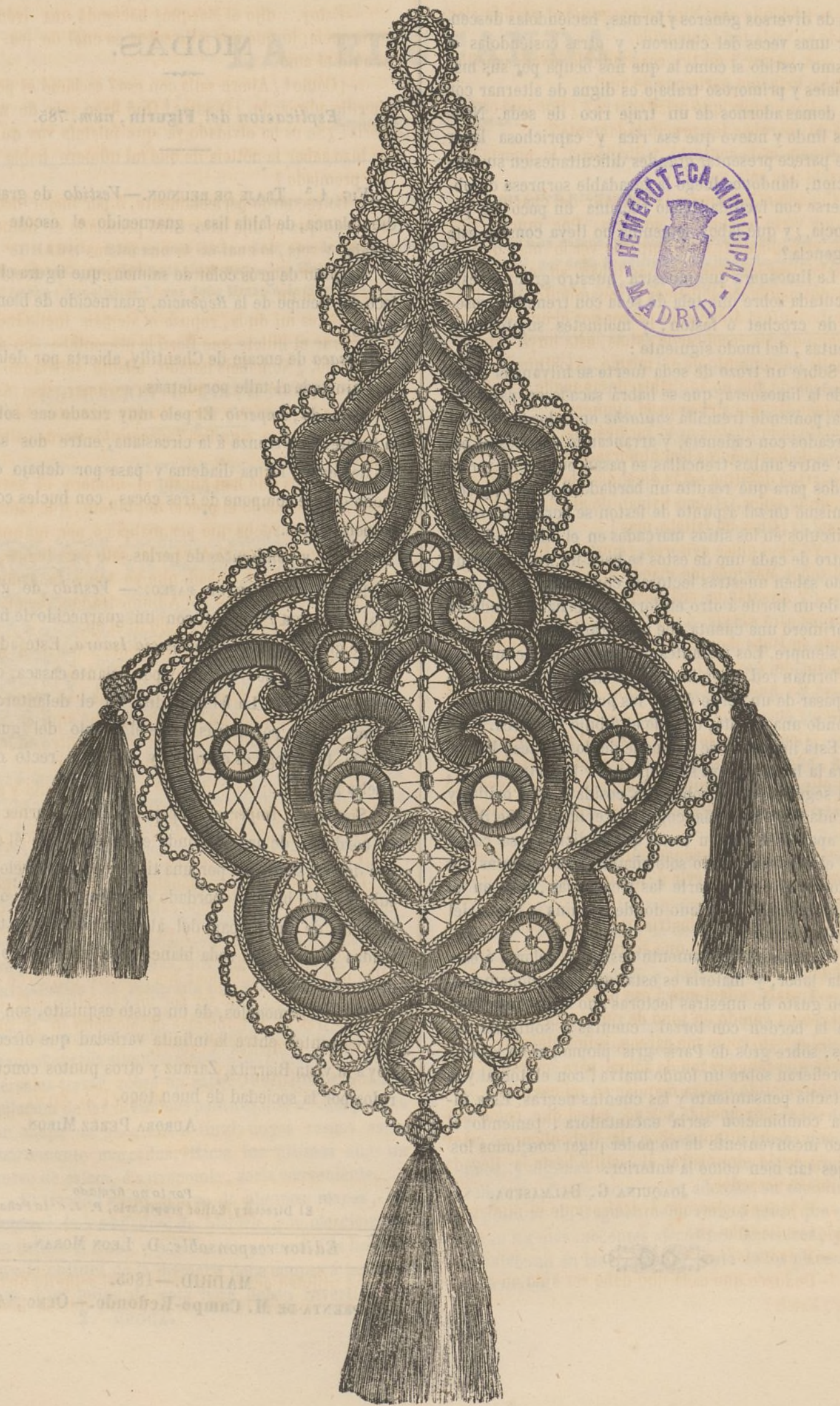
(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

## LABORES.

La utilidad de las limosneras y el sello de distinción que siempre tuvieron, ha hecho que se inven-





Limosnera.

Ayuntamiento de Madrid



ten de diversos géneros y formas, haciéndolas descender unas veces del cinturón, y otras cosiéndolas al mismo vestido si como la que nos ocupa por sus materiales y primoroso trabajo es digna de alternar con los demás adornos de un traje rico de seda. Nada mas lindo y nuevo que esa rica y caprichosa labor que parece presentar grandes dificultades en su ejecución, dándonos luego la agradable sorpresa de obtenerse con facilidad: solo reclama un poco de paciencia, ¿y qué labor femenina no lleva consigo esta exigencia?

La limosnera que muestra nuestro grabado está ejecutada sobre una tela de seda con trencilla, rose-tas de crochet ó feston, y molinetes sujetos con cuentas, del modo siguiente:

Sobre un trozo de seda fuerte se hilvana el dibujo de la limosnera, que se habrá sacado en papel de seda, poniendo trencilla *soutache* en todos los bordes marcados con cadeneta, y arrancando despues el papel: entre ambas trencillas se pasan puntos de torzal unidos para que resulte un bordado al pasado, y con el mismo torzal á punto de feston se bordan las rosas ó círculos en los sitios marcados en el dibujo. En el centro de cada uno de estos se hace un molinete, que como saben nuestras lectoras, consiste en pasar puntos de un borde á otro en forma de cruz, pasando en el primero una cuenta que procurará dejarse en medio siempre. Los restantes calados en vez de molinetes forman red, siendo el procedimiento el mismo de pasar de un borde á otro los puntos en cruz, colocando una cuenta, cuando el dibujo lo marca.

Esta limosnera se compone de dos partes; la primera la larga, que va sin bordar por la parte inferior, y la segunda la que sobre ella, cosida por las orillas y forrada de tafetan blanco, forma el bolsillo. Se dibujan aparte, se bordan como queda dicho, y se cosen por el borde, faltando solo añadirle con cuentas un feston al aire y colocarle las tres borlas, una en el centro y otra á cada lado donde termina la parte del bolsillo.

Fáltanos ya únicamente designar colores á esta linda labor, y materia es esta que abandonamos al buen gusto de nuestras lectoras, no sin aconsejarles que la borden con torzal, cuentas y *soutache* negros, sobre grós de París gris plomo, si no es que la prefieran sobre un fondo malva, con el torzal y la *soutache* pensamiento y las cuentas negras. Esta última combinacion seria encantadora, teniendo el único inconveniente de no poder jugar con todos los trajes tan bien como la anterior.

JOAQUINA G. BALMASEDA.



## MODAS.

*Explicacion del Figurin, núm. 785.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE REUNION.—*Vestido* de granadina blanca, de falda lisa, guarnecido el escote de encaje.

*Corpiño* de grós color de salmon, que figura chaleco del tiempo de la *Regencia*, guarnecido de blonda negro.

*Casaca* de encaje de Chantilly, abierta por delante y ajustada al talle por detrás.

*Peinado, Imperio.* El pelo muy rizado cae sobre la frente. Una trenza á la circasiana, entre dos sargas de perlas, forma diadema y pasa por debajo del moño que se compone de tres cocas, con bucles correspondientes.

*Collar y pendientes* de perlas.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de grós azul, de forma *Princesa*, con un guarnecido de bie-ses de grós blanco á lo *Clemencia Isaura*. Este adorno figura berta por detrás, y por delante casaca, que termina en cola. La falda es lisa en el delantero y forma volante por detrás desde el ángulo del guarnecido. La manga es estrecha y de corte recto con vuelta blanca.

*Sombrero, Imperio*, de paja de arroz, guarnecido de cordones de oro. El fondo es calado, y de él cae por detrás, sostenido por una tira de paja, un velo de tul de seda blanco, bordado de lunarcitos de oro. Diadema de oro debajo del ala con rizados de tul. Bidas de cinta de seda blanca, con cordoncillo de oro en las orillas.

Estos dos modelos, de un gusto exquisito, son los mas elegantes entre la infinita variedad que ofrecen hoy á la vista Biarritz, Zarauz y otros puntos concurridos por la sociedad de buen tono.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado  
El Directorio Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.